

POEMAS DE DIMITRI FERNÁNDEZ



Vos y tu voz

"A Flor Urbina, la voz del tiempo... que no pasa".

Y vuelve tu música
con tu vos celeste

—única—

fina entre los dedos que me tocan

bendita la hora de esta unión

bendita tu canción
bendito tu baile
bendito el beso que te nombra
bendito sea este cuerpo que te toca

bendita sea la noche
que te trae de palmas abiertas
y benditas esas palmas abiertas
que se aferran a mi espalda

porque con ellas asís la guitarra
la guitarra, tu compañera de canción
de la canción que nombra tu voz

bendita la hora de esta unión
porque con ella amo tu voz
porque vos y tu voz son las voces mías.

Va a temblar la carne
hasta que se despedacen los cuerpos
hasta que caigan del cielo los ángeles

van a llorar tus senos tu boca y tus piernas
—la sangre austera del tiempo—
así va a llorar tu cuerpo, porque el cuerpo se pudre delante
del alma

van a sangrar tus párpados
y mi pecho indómito que te guarda va a romperse
es el inicio de las carnes que se tocan
y las cinturas serán abiertas
como sólo podría abrirse el cielo para parir a Dios.

Hay hombres que no merecen la vida
como si todo fuera negro
hay hombres que merecen morir con el toque de queda
hay hombres que no merecen la vida

hay hombres que cuando pintan son asquerosos
y estos son los hombres que no saben hacer otra cosa más
estos son los que no merecen ser llamados hombres

hay hombres asquerosos en la vida
como el maldito pintor de quinta que sólo pinta senos y
falanges elongadas

—y los ignorantes lo laudan—

estos no son hombres
son escorias de la vida
y merecen ser sepultados vivos

hay quienes no son personas
son adictos a la marihuana
y pintan pero con el pincel matan
estos no son hombres
son escorias de la vida
que merecen morir con el toque de queda
que suena en la Basílica de Cartago

*

Con tu pelo, con el oído suave,
con el aire, con revuelo,

con silencio, con estruendo,
con ficciones, sin recuerdos

con verdades, con apareos,
con historia, con poesía,
con el baile, con el canto,
con la música, sin movimiento

Con ahoras, con nunca,
con jamaces, con promesas,
con filias, con fobias,
con camas, sin reposos

con vos, conmigo,
con infancias, con adulteces,
con las manos, con las nalgas,
con los cuerpos, sin anorexia

con arrullos, con estertores,
con siluetas, con relieves,
con espantos, con columnas,
con vísceras, sin pieles

con vos, conmigo,
con tu cuerpo, con el mío,
con tus uñas, con las mías,
con tus horas, sin las mías

con tus labios, con los míos,
con tus venas, con mi sangre,
con tu pecho, con el mío,
con tu risa, sin memorias

con las nalgas, con adulteces,
razones, creaciones,
revuelo, las vísceras,
las uñas, sin las mías.

*

Serás amada,
hasta el fin de los tiempos,
serás amada,
hasta que tiemble mi cuerpo

Hasta que nada haya en el mundo
y no quede sino nosotros y la vida

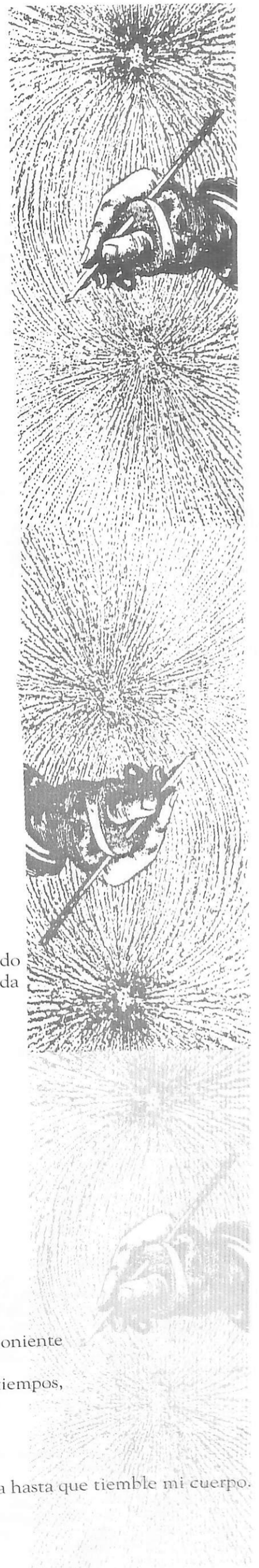
Serás amada
hasta que resista el alma,
serás amada
hasta el último de tus días

Serás amada,
con canciones,
con estos versos
y estas espaldas

Serás amada,
—sin tiempo—
en amaneceres,
en las tardes mustias,
en los fríos miserables,
en las tardes completas de sol poniente

serás amada hasta el fin de los tiempos,
serás amada,
con mis fuerzas,
con mi aliento,
hasta el último de tus días

serás amada hasta que tiemble mi cuerpo.



CULTURAS E IDENTIDADES EN LA COSTA RICA COLONIAL.

ALGUNAS NOTAS PRELIMINARES *

Iván Molina Jiménez**

Evidentemente, la primera pregunta que uno debería hacerse a la luz del título de la conferencia que nos reúne aquí hoy¹, es desde cuándo podemos hablar de una cultura y una nacionalidad costarricenses, y si es históricamente correcto proyectar dichos términos sobre el período colonial. Una primera dificultad para responder a un interrogante de este tipo es que, hasta ahora, conocemos muy poco acerca de las culturas e identidades coloniales, en particular de las relacionadas con los grupos populares. Buena parte de la investigación sobre la cultura colonial se ha concentrado en el examen de la vida cotidiana de los grupos dominantes, área donde destacan los trabajos de Arnaldo Moya acerca de los comerciantes y las damas de Cartago, y los de Carmela Velásquez sobre las actitudes ante la muerte².

Algunas aproximaciones históricas a la cultura popular colonial se encuentran, entre otros, en los estudios de Lowell Gudmundson y Eduardo Madrigal sobre el delito en el siglo XVIII, en el trabajo de Rina Cáceres sobre la población de origen africano en el siglo XVII, en la tesis de Franklin Alvarado sobre la orden franciscana, en las contribuciones de Deida Alvarado y Eugenia Rodríguez sobre la familia, el matrimonio y los conflictos conyugales, en las investigaciones de Claudia Quirós sobre las cofradías de Nicoya, en las de Paulina Malavassi acerca de la lepra, y en una Memoria de Graduación de la Licenciatura en Historia de la Universidad de Costa Rica, en la cual se exploran temas como las fiestas profanas, los juegos prohibidos, la producción y el consumo de aguardiente y la vida cotidiana de artesanos y esclavos³.

Expuesto el problema precedente, es conveniente advertir que cualquier estudio de las culturas e identidades coloniales debe partir de que la colonia no fue un período homogéneo: en efecto, es posible diferenciar dos estructuraciones básicas de la sociedad colonial. La primera, que se extiende entre finales del siglo XVI e inicios del siglo XVIII, se caracterizó por el fracaso de la encomienda y la esclavitud, en el sentido de que ninguna de estas dos opciones de explotación de la mano de obra se consolidó como la base de la sociedad colonial. En el caso de los indígenas, por la catástrofe demográfica que afectó a las poblaciones aborígenes y, en parte también, porque los importantes asentamientos de los llamados "indios bravos" cerca de la actual frontera con Nicaragua y en Talamanca, nunca pudieron ser conquistados por los españoles. Y en el caso de los esclavos porque la actividad cacaotera, que fue la base de la expansión inicial de la esclavitud, no logró consolidarse económicamente.

Fue así, en un contexto caracterizado por el fracaso de la encomienda y de la esclavitud y por la incapacidad de la provincia de Costa Rica para desarrollar una actividad económica que le permitiera insertarse y consolidarse en la estructura del comercio colonial, que empezó a desarrollarse, desde comienzos del siglo XVIII una producción campesina llevada adelante por familias de origen criollo y, principalmente, mestizo. A lo largo del siglo indicado, estos pequeños y medianos productores agrícolas se extendieron hacia el oeste de Cartago y dieron origen a las actuales ciudades de Heredia, San José y Alajuela.

El perfil de estos campesinos era bastante diverso, ya que iba de propietarios empobrecidos, que debían combinar el trabajo en su pequeña parcela con la venta de su fuerza de trabajo, hasta agricultores prósperos, que combinaban los cultivos de subsistencia con los comerciales y poseían ganados y trapiches. Pese a la diferenciación que los separaba, el campesinado compartía dos características básicas, en términos económicos: por un lado, la producción agrícola y pecuaria se llevaba a cabo en un marco que suponía el uso no solo de tierras propias, es decir, poseídas privadamente, sino también de terrenos comunales. Y por otro lado, una buena parte del excedente generado por estos productores agrícolas pasaba a manos de los comerciantes. Gracias a su control del comercio exterior de la provincia y del escaso metálico disponible, estos últimos podían comprar barato el excedente campesino y vender caros los bienes (sobre todo textiles) que introducían de Nicaragua y Panamá.

A diferencia de otras partes de América Latina, donde la acumulación se basaba en coacciones extraeconómicas, es decir en formas de trabajo servil, en el Valle Central de Costa Rica su base era una relación económica de intercambio desigual. Libres eran los comerciantes y libres los campesinos, pero la desigual posición ocupada por unos y otros en las relaciones de mercado le permitía a los primeros definir las condiciones en que negociaban con los segundos y extraerles una

buena parte del excedente que generaban. Con ligeras variantes, este patrón de explotación fue sobre el cual se basó la expansión del café a partir de la década de 1830, la cual le abrió la puerta al capitalismo agrario.

Con el auge que experimentó la producción campesina en el Valle Central, a partir de 1750, ocurrió también un profundo cambio cultural. Étnicamente, se consolidó el predominio de los mestizos, que representaban más del 60 por ciento de la población total. En contraste, españoles, indígenas y negros eran grupos minoritarios. Tal desequilibrio era agudizado por la desigual distribución geográfica de la población, en el sentido de que proporciones importantes de las poblaciones de origen indígena o africano se concentraban fuera del Valle Central, ya fuese en lo que hoy es la provincia de Guanacaste, en el Caribe o en las actuales áreas fronterizas con Panamá y Nicaragua.

En virtud de lo anterior, el Valle Central, epicentro de la producción campesina, era un área étnicamente más homogénea que la provincia de Costa Rica en su conjunto, y tal fenómeno facilitó el desarrollo de una cultura compartida entre los distintos grupos sociales. Decir compartida no significa, obviamente, que fuera equitativamente compartida; tampoco supone, por supuesto, que lo compartió borrara aquello que los separaba y los diferenciaba. Esta cultura compartida se manifestó, claramente, en la extensión del matrimonio y en el descenso de la ilegitimidad, un fenómeno asociado con el papel estratégico que las nupcias jugaban en ese mundo campesino del Valle Central para garantizar la transmisión de los derechos, especialmente de los derechos sobre la tierra.

También era visible esta cultura compartida en las actitudes ante la muerte y en el culto a los santos. Al igual que los ricos comerciantes, campesinos medios o prósperos solían testar y se *vanaban del testamento para negociar su ingreso a la gloria celestial, para lo cual indicaban el hábito con que deseaban ser amortajados* y el número de misas que debían ser celebradas para la salvación de su alma. En cuanto a los santos, en las casas de los comerciantes, se les podía encontrar materializados en estatuillas de oro y plata o en cuadros cuyos marcos incluían dichos metales, a veces adornados con piedras preciosas. En cambio, en el hogar de los campesinos pobres, los santos se refugiaban en modestas estampas de papel. Más allá de la diferencia, sin embargo, lo importante es que los santos venerados por unos y otros eran los mismos.

Las fiestas sagradas o profanas eran también acontecimientos compartidos por los distintos grupos, ya se tratara del ascenso de un nuevo rey, de una festividad religiosa o de las actividades celebradas en relación con la Cofradía de los Angeles, en las cuales la religiosidad católica se combinaba con otras prácticas un poco más mundanas. En efecto, según la denuncia que formulara el sacerdote Ramón de Azofeifa en 1782, en la casa de dicha congregación:

"...demás de estos públicos y notorios escándalos se siguen otros que se practican en el peso de la noche durante los Bayles; porque como la casa es tan grande, y tiene distintos aposentos, el Demonio proporciona en ellos adulterios, los estupro a que no tienen facilidad en sus reducidas casas, las Mujeres casadas por temor de sus maridos, y las jóvenes doncellas por el de sus madres. Aún pasa a más la astucia del Diablo porque con motivo de ofrecer a Nuestra Señora novenarios en que la velan todo el día así los vecinos de esta ciudad, como los Forasteros de todos los Valles hacen de la dicha casa Mesón Común, en ella comen y duermen, habiendo llegado á tanto exceso que se ha puesto ya cocina pública, para todos; y lo más doloroso, que con la capa de devoción se consigne dentro de este lugar sagrado el galanteo, y el torpe apetito de la luxuria mezclándolo entre salves, y oraciones que resan cada día. Este escándalo que se no ha oído en ningún Santuario del Mundo es el que me tiene enfermo, me abruma la

conciencia sin poder remediarlo; por que los mismos jueces que debían impartirme el auxilio para su remedio son los que autorizan las funciones, concurren a los combites y asisten a Bayles"⁴.

La identidad cultural compartida por los distintos grupos sociales que participaban en las escandalosas fiestas de la Cofradía de los Angeles, y la cercanía cultural que parece haber existido entre ellos, a pesar de sus diferencias, se vislumbran de nuevo en un valioso testimonio que el viajero alemán Wilhem Marr dejó acerca de las peleas de gallos en el San José de la década de 1850. De acuerdo con Marr,

"el local [de la gallera] estaba atestado de individuos de todas las clases sociales. Allí se encontraba un señor de pequeña estatura y cara llena y astuta, vestido de frac negro y pantalones amarillos de casimir. Era el jefe del Estado don Juan Rafael Mora... El resto de la concurrencia formaba la sociedad más mezclada de 'Dones' y descalzos, reinando la más completa igualdad. El presidente no tiene el menor escrúpulo en apostar sus pesos contra los del último 'peón'"⁵.

Sin duda, la sociedad y la cultura que se conformaron en el Valle Central durante el siglo XVIII se convirtieron en la base de la experiencia nacional costarricense durante el siglo XIX, y aquí radica una de las especificidades de Costa Rica. Si bien en otras partes de América Latina hubo áreas dominadas por la producción campesina y con una estructura agraria similar a la del Valle Central, no fueron el fundamento de experiencias nacionales. Ahora bien, en el caso de la Costa Rica de la primera mitad del siglo XIX, nacional debe ser entendido en términos de la configuración inicial de una economía que empezó a girar en torno al cultivo y la exportación del café, y de un Estado que comenzó a afianzar su dominio sobre un territorio, al tiempo que contribuía a redefinir las relaciones sociales y realizaba los primeros intentos por transformar las culturas de los sectores populares.

La invención de una cultura y de una identidad costarricenses fueron dos procesos que debieron esperar hasta los últimos lustros del siglo XIX. En las décadas de 1880 y 1890, un círculo de políticos e intelectuales liberales realizó una primera definición de lo que era esa cultura e identidad y se afanó por difundirlo en el conjunto de la población mediante la prensa, la escuela, las fiestas cívicas y otros medios por el estilo. Este proceso, que convirtió a los campesinos, artesanos y trabajadores en costarricenses fue una respuesta a la creciente diferenciación cultural entre aquellos que ocupaban la cima de las jerarquías sociales, políticas e intelectuales, cada vez más secularizados y europeizados, y el grueso de la población, que seguía fiel a identidades culturales de base local y religiosa heredadas de la colonia. En este sentido, podría decirse que la identidad y la cultura costarricenses, lejos de ser la culminación de las identidades y formas culturales de origen colonial, fueron, ante todo, construidas a partir de la destrucción o reconfiguración de esas formas e identidades coloniales.

NOTAS

1 "Las contribuciones amerindias y europeas a la cultura y nacionalidad costarricense durante los períodos prehispánicos y colonial".

2 Moya Gutiérrez, Arnaldo, *Comerciantes y damas principales de Cartago. Vida cotidiana (1750-1820)* (Cartago, Editorial Cultural Cartaginesa, 1998). Velásquez, Carmela, "Las actitudes ante la muerte en el Cartago del siglo XVII" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1996).

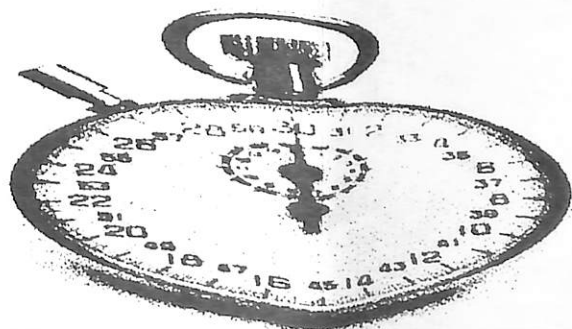
3 Gudmundson, Lowell, "Aspectos socioeconómicos del delito en Costa Rica: 1725-1850". *Revista de Historia*. Heredia, N° 5 (julio-diciembre, 1977), pp. 101-148. Madrigal, Eduardo, "Ladrones y abigeos en la Costa Rica Colonial: 1770-1821" (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1995). Cáceres, Rina, *Negros, mulatos, esclavos y libertos en la Costa Rica del siglo XVII* (México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 2000). Alvarado, Franklin, "Misiones y doctrinas franciscanas: reconstrucción del primer proceso colectivo de transmisión del cristianismo hacia la sociedad indígena de Costa Rica" (Tesis de Licenciatura en Historia, Universidad de Costa Rica, 1997). Alvarado, Deida, "La mujer ante el Juguado Eclesiástico en Cartago 1720-1800" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1995). Rodríguez Sáenz, Eugenia, *Hijas, novias y esposas. Familia, matrimonio y violencia doméstica en el Valle Central de Costa Rica (1750-1850)* (Heredia, Plumsock Mesoamerican Studies y Editorial Universidad Nacional, 2000). Quirós, Claudia, "Las cofradías indígenas en Nicoya". *Revista de Historia*. San José, N° 36 (julio-diciembre de 1997), pp. 37-77. Malavassi, Paulina, "Entre la marginalidad social y los orígenes de la salud pública: leprosos, curanderos y facultativos en el Valle Central de Costa Rica, 1784-1845" (Tesis de Maestría en Historia, Universidad de Costa Rica, 1998). Guevara, Eva et al., "Vida cotidiana en la colonia (1680-1821)" (Seminario de Graduación, Universidad de Costa Rica, 1994).

4 León, Edwin, *Fiestas escandalosas en la Cofradía de los Angeles* (s. l., s. e., s. f.), pp. 13-14. Se conserva la ortografía del original.

5 Fernández Guardia, Ricardo, ed., *Costa Rica en el siglo XIX. Antología de viajeros*, 4ª edición (San José, EDUCA, 1982), pp. 187-188. El paréntesis es mío.

* Conferencia dictada en el Colegio de Costa Rica el 4 de marzo del 2003 como parte del décimo aniversario de la fundación de la Asociación de Genealogía e Historia de Costa Rica.

** Catedrático de la Escuela de Historia e investigador del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA), Universidad de Costa Rica.



EL LIBRO BRUJO: UN LLAMADO A LA SENSIBILIDAD

Lucrecia Oviedo Arce*

A nuestro parecer *El Libro Brujo* (Editorial Costa Rica, 1997) de Gerardo César Hurtado es un rito de iniciación en el mundo de la sensibilidad humana. Es una fuente de conocimiento de nuestra realidad y de nuestra identidad latinoamericana, pero lograda a través de bellísimas imágenes sensoriales.

En la obra se hacen presentes una serie de discursos: el histórico, el político, el amoroso, el cultural y el ecológico, entre otros, todos entrelazados por un discurso lingüístico, muy propio del autor que obliga al lector a descifrar una realidad social y humana que tiene que ver con la historia costarricense y nicaragüense y, por ende, con las realidades centroamericanas y quizá latinoamericanas, y que no es justamente la que conocemos a través de la historia oficial. Es, por tanto, una historia no oficial, diseñada desde una perspectiva sensitiva: de lo que se percibió a través del gusto, del olor y del tacto. Es, entonces, un discurso histórico dado desde lo instintivo, pero mediante la técnica del recuerdo de personajes, que permite rescatar una serie de características propias de las culturas latinoamericanas en cuanto a su vida histórica, sus luchas sociales, sus costumbres, tradiciones y formas de vida.

Hay quizá un interés del narrador de rescatar una unidad cultural latinoamericana más allá de las simples apariencias de la diversidad y de abrir el mundo de la sensibilidad como el camino propicio para descubrir lo natural, lo propio, lo autóctono, su vida histórica.

Desde el principio hasta el final, la historia narrada está inserta en un paisaje rústico y agresivo e impregnada de olores, sabores, táctiles y ruidos, que, a veces, dicen más que los mismos personajes.

"Juan y el gordo Morales, caminan entre pastizales, lianas, recovecos de leña carcomida (...). Allí están guardados los sacos con las botellas de fermento de maíz y el sabor imprescindible para sus antojos de fugitivos" (pág. 15).

Y es que, a lo largo de la novela, los seres humanos y el paisaje se confunden. Es la naturaleza el escenario del sentir de la masa de la desmitificación de hechos históricos costarricenses y nicaragüenses, desde la sensibilidad y el recuerdo.

"...corrían desesperados en la huida. Cuando llegaron a un cerco de matorrales espinosos detuvieron sus pasos, como si el tiempo se hubiera detenido y subrepticamente creciera en el ombligo de la noche, el boquete de luz en el canto sospechoso de pájaros, la enredadera del bosque prendida en los follajes húmedos. Sus pies cansados buscan alivio en la esponjada tierra, miradas que izaban el horizonte de espera, el viento con olor a pasto, el olor de la persecución que los extraviaba más hacia el oeste. Buscaban una salida a la libertad de los vientos y las palabras..." (pág. 20).

"La naturaleza es historia, es registro y soporte de la memoria colectiva, como un almacén de conocimientos de la memoria histórica y colectiva, de la historia de los grupos sociales sin historia, de los vencidos, de la cultura popular".

A lo largo del relato y mediante la técnica del recuerdo y la evocación de imágenes sensitivas de los diversos personajes se van reconstruyendo fragmentos de la historia costarricense y nicaragüense a finales del siglo XIX y principios del XX. Muy vagamente se alude al legendario Augusto César Sandino (1893-1934), a la dictadura de Anastasio Somoza (1938-1980) y a las guerrillas de la Contrarrevolución Nicaragüense (1970-1980), por un lado y por otro, el narrador nos pasea por diferentes espacios de nuestro país: la frontera norte, Puerto Vargas, la Zona Atlántica (los bananales), algunos lugares josefinos como el Mercado, el Paso de la Vaca, el Parque Nacional, y por diferentes épocas (1917-1919). La dictadura del general Federico Tinoco Granados, los antecedentes de dicha dictadura: sublevaciones de diversos pueblos, persecuciones, espías, muerte y las luchas en los bananales del Atlántico, sobre todo se alude a la primera gran huelga Bananera de 1934.

Los diversos personajes, Juan Duarte, Sonia, el Gordo Morales, Lepidio, Antonieta, Juana y Madelin Panamá en concordancia con el escenario natural en el cual se desenvuelven son los portadores de esa historia popular, sentida, vivida y comunicada a través de los recuerdos y de la connotación de las imágenes auditivas, táctiles, gestativas y visuales.

Así, por ejemplo, afirma la narración: "Juan, no olvidará sus rictus profundos, los "ojos café" y la "perenne vestimenta de cuero marrón" de su padre, la "voz prepotente" que marcó su andar por el resto de los años (...). Oyó así contar las historias que convirtieron al general en un ser

legendario. Oyó hablar de su "osada actitud" en el frente de guerra. Era el hombre de los pueblos libres, sí señor" (pág. 19).

"Ya no podría Juan olvidar los pasos de montaña, los desfilaros que soles inhóspitos bañaron con luz de espejo, el camino que iba haciendo en mula y machete; al cruzar la frontera, el hambre sometida, las lunas lánguidas. La mula trotaadora que temblaba bajo él cuando un susurro de tigrés azuzaba la sangre, haciéndole levantar las orejas, leve el rostro del gato montés, huellas humanas bajo el toldo del enramado oscuro, como en los ojos de su padre, leyéndole la mirada: "No vuelvas" (págs. 30-31).

A lo largo de esos enunciados podemos ver que la historia de Juan es alienante: un padre militar, una vida errante, perseguido por espías y aterrado por la agresividad de la selva, y los disparos del otro lado de la frontera, pero esa alineación no solo es conocida por cada una de las palabras, sino por la connotación que estas alcanzan a través de imágenes sensoriales.

"...durante el tiempo de guerra él recordará la fotografía del teniente gringo al pie del árbol en la amarillenta mañana del verano allá en la Matagalpa; en su mano derecha su presa: la cabeza de Silvio Herrera (...). Él y su grupo de bandidos se alejaban de aquella tierra, al filo de la aurora bajo el estruendo de un ataque encarnizado por el frente, al diezmarse la loca, intrépida muchedumbre del combate de la sierra quebrantada (...). Los ejércitos habían incursionado contra los entrenados marinos que se iban a la alegría del cansancio heroico (...). Sus vidas desaparecían en las malezas incendiadas en el rastreo militar de las ventoleras de alas de helicópteros, eran los diezmos del desprecio, el yermo olvido, el quejido de los torturados. El no fue nunca cobarde (...). Huir por ahora, su astucia era guardar la espalda de su general" (págs. 28-29).

Los enfrentamientos entre el llamado Frente Sandinista y los ejércitos del General Anastasio Somoza, fueron luchas sin cuartel, desgarradoras que lo hacía "llorar lágrimas de compasión", afirma Juan (pág. 29).

"Cuando Juan y el Gordo Morales se encuentran y van camino a la cantina del Chino Chon, el narrador reflexiona de la siguiente manera: ...Como una tenebrosa fuerza vencía el chorro de luz de hacer que precipitaba la guerra de los advenedizos al poder: muertos al machete, cabezas pisoteadas, el lodo, metidos en bañeras con ahogos de asmáticos. (...)" (pág. 29).

"Temblaban compungidos a la espera de las botas encima de sus rostros. De ahí a la confesión: la drástica mano apretándoles gargantas, rompiendo genitales, pudriéndolo en celdas con ratas, celdas sin más nuevo que la rejilla a donde escapaba un gemido (...)" (págs. 24-25).

Estos eran los tiempos de las guerrillas nicaragüenses; la denuncia del abuso del poder, de la intromisión de fuerzas de Estados Unidos y de la masacre humana que revive los personajes mediante "el recuerdo". Las imágenes sensitivas, visuales, táctiles, olfativas, etc.

Pero, también la técnica del recuerdo y de las imágenes sensoriales refrescan la geografía costarricense y algunos hechos importantes de nuestra historia, que permiten también rescatar importantes características de la cultura costarricense: tales como supersticiones, tradiciones populares y comidas.

"Eso fue todo -recordó María Antonieta-. Hubo mucha revuelta. Mi padre me condujo a la vereda que lentamente llegaba hasta el parque con cercas lanceoladas, cuando la tarde se precipitaba hacia el oscuro y grupos de gentes corrían a la Plaza de la Artillería y el Mercado Central, gritando como que incendiaba un nombre: Marcelino García Flamenco.

Que había huido; que fue asesinado, que algo tuvo que ver con el incendio de ese día..." (pág. 63).

"Cuando sonaron los disparos -dijo Lepidio-. El hermano del presidente fue encontrado muerto con todas sus medias puestas, que esto daba a decir de enredos domésticos" (pág. 52).

"Eran tiempos de Federico". Recordó Lepidio cuando compartía con Juan y el Gordo Morales en la Cantina del Chino Chon. Lugar que sirve de escenario para que los personajes hagan recuento de la vida pasada: "El Gordo Morales no podía olvidar a Luis que le había contado de su huelga de hambre (1969). "El Gordo Morales la ha visto con la ancha sonrisa de caballo" (pág. 75).

Lepidio, "recordaba el olor del chile panameño, las arepas, su hambre punzaba más que la existencia de la libertad" (pág. 76).

Lepidio, "tenía la cara crucificada de recuerdos, manchas imborrables", según la narración (pág. 85).

María Antonieta recordaba su casa de tejas y veraneras. "Como cuando éramos chiquitos, porque así nos tenía acostumbrados María Engracia que le fuéramos a ayudar en la dura tarea de moler maíz para las tortillas y los totopostes, a preparar el café chorreado con bolsa grande a que atisbáramos bien las tortillas en las piedras de la laja cerca del fogón..." (pág. 87).

Como podemos observar en los anteriores enunciados la historia está construida con

base en el recuerdo de los distintos personajes, quienes, enuncian, evocan y

rememoran tiempos pasados, hay un perenne deseo del narrador de rescatar los tiempos pasados con su propia identidad, con su particular forma de vida, con su magia, con sus sueños, que obligan al lector a deambular por los diferentes espacios y tiempos en donde cada uno de los personajes tienen una historia que contar rodeada de todo un mundo de sensaciones. Pareciera que hay un interés especial del narrador de hacernos "sentir", de despertar en cada uno de los lectores la necesidad de explotar nuestros sentidos en una sociedad cada vez más mecanizada como afirma Ángel Ocampo².

"Aunque en el inicio, se encuentra el despliegue de la luz (fenómeno propio del ojo) al final de la obra se evoca al oído, a la piel ante un mundo plétorico de sonidos y "táctiles". Irrumpe así, un mundo que bien puede ser percibido, con los "ojos cerrados". Esto significa, liberado de este mundo de fin de milenio, saturado de imágenes embrutecedoras y mutilantes que impiden percibir las podredumbres de la llamada vida moderna -cuyo espacio básico es la ciudad".

Todo en la novela: personajes, espacios, tiempo, recuerdos, sueños, esperanzas, acontecimientos, están impregnados de sensaciones, que llevan al lector "a sentir" a "hacer suya" esa historia, esa vida que llevan los personajes.

Particularmente consideramos que *El Libro Brujo*, persigue no solo dar a conocer una historia no contada de la sociedad costarricense y nicaragüense, sino también acercar al ser humano latinoamericano y principalmente centroamericano a la naturaleza, para que busque en ella lo natural, su propia historia, su identidad, su yo; pero esa búsqueda debe darla a través del desarrollo de su propia sensibilidad.

NOTAS

1. Sánchez M., Ana C.: *El libro brujo: Memoria desgarrada de la dictadura Tinoco*. Suplemento *Áncora*, La Nación, 11 de enero de 1998.
2. Ocampo, Ángel: *Una estética liberadora y el encantamiento vital en el Libro Brujo*. *Káñina*. Rev. Artes y Letras. Univ. Costa Rica, Vol. XXIII (3), 1999, p. 36.

* Profesora y actual Vicedecana del Centro de Estudios Generales, UNA.

TÓPICOS DEL
HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

**MIEMBROS DE LA
COMISIÓN EDITORIAL:**

Dr. Carlos Araya Guillén. Decano
del Centro de Estudios Generales.
Profesor: Alfonso Chase Brenes.
Escritor. Premio Magón, 1999.
Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz.
Académico y escritor.

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro

La Comisión Editorial de *Tópicos del Humanismo* hace saber:

1. Los artículos deben enviarse en diskette y copia impresa. La extensión de los trabajos no debe exceder de 12 páginas a doble espacio.
2. La Comisión se reserva el derecho de aceptar o rechazar los artículos, reseñas, comentarios, que se sometan a su consideración.

UNA
UNIVERSIDAD NACIONAL
COSTA RICA

Impreso en
el Programa de Publicaciones e Impresiones
de la Universidad Nacional

PRESENTACIÓN



Es importante para el humanismo tomar en consideración los aspectos medulares de la historia, en cuanto al método que se puede idealizar para ubicar acontecimientos que marcarán nuestro futuro. Se puede considerar el perfil que el historiador nos reseña como en una visión en que el pasado logra destinar su impronta en la configuración de la nacionalidad e identidad nuestras. Desde la encomienda, la esclavitud y los logros de posesionar una actividad económica en la Costa Rica colonial tenemos los indicios de cómo se ubicaron las primeras familias que dieron origen a las ciudades de Heredia, San José y Alajuela. Se nos señala así una visión que integra la producción agrícola, la desigualdad étnica y el desarrollo de una cultura compartida entre las áreas fronterizas de Panamá y Nicaragua.

Esta es una visión que integra desde la historia el interés por el humanismo, en donde se reseñan las costumbres, las festividades religiosas, y que unifican el criterio de una nacionalidad fortalecida en el siglo XIX.

En un interés por los aspectos históricos destaca la asunción de la búsqueda de la identidad costarricense en la literatura que como ficción desata los ámbitos táctiles a través de la novela *El Libro Brujo*.

También para nuestros lectores, de nuevo un poeta que requiere una atención inusitada con su intento creador en verso libre.

Gerardo César Hurtado Ortiz
Editor